

SUMARIO

La «gouache» y la aguada, por José Martí.—Ibsen y Daudet, por Clarín.—El castillo, por José de Villala.—Pobres de los pobres, por José F. Vilana.—La traición del Gato, por Alfonso Pérez Nieva.—Contra los ingratos, por Manuel del Palacio.—El frío según la ropa, por R. García Santisteban.—Carta semanal de Londres, por B. de Oya.—Desde el boulevard, por Ricardo Blasco.—Mosaico madrileño, por M. Ossorio y Bernard.—Libros nuevos.

LA «GOUACHE» Y LA AGUADA

(PRUEBA DOCUMENTAL)

En *El Imparcial* del 23 de diciembre último apareció un artículo de don Jacinto Octavio Picón con motivo de la Exposición del Círculo de Bellas Artes, en el cual manifiesta que los *gouaches* se llaman en castellano *aguadas*, no siendo necesario darles nombre extranjero para diferenciarlas de las *acuarelas*. Esta apreciación la rectifico discreta y acertadamente, á mi juicio, D. Rafael Balsa de la Vega en otro artículo insertado en *El Liberal* de 1.º del corriente; mas como la definición que da el distinguido crítico Sr. Picón no es nueva, porque se encuentra en el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* (en publicación) como también en el *Vocabulario de términos de arte* de D. José Ramón Mélida, me parece que no es fuera del caso el desear que se fije con toda la claridad posible cómo hemos de hablar para que nos podamos entender.

Creo innecesario decir, aunque bueno es que conste, el respeto que me inspiran las autoridades citadas, y si me decidí á tomar parte en el asunto es porque no creo incompatibles estos respetos con la manifestación de los fundamentos en que creo poder apoyarme para razonar la discordancia de mi opinión en ese punto concreto; tanto más cuanto que el trabajo que voy á emprender se reduce en la esencia á hojear unos cuantos libros, compulsar algunas citas, y copiar ó extractar fielmente los datos que considere necesarios para presentarlos como una especie de prueba documental que permita fallar con imparcialidad en este litigio.

Veamos primeramente, sin prevención alguna, la idea que despierta la voz *aguada* en el común sentir de los pintores, arquitectos, dibujantes, etc. *Dar una aguada* de tal ó cual color, igné quiere decir? Pues simplemente extender ese color diluido con agua, con bastante agua; fluido, ligero, transparente; ni más ni menos. La idea de la opacidad, de la intervención del albayalde, de la pasta de color, no se presenta ante nosotros como condición ineludible de la *aguada*.

Y precisamente estas son las diferencias esenciales entre la *acuarela* y *gouache*; todos las conocemos. La primera se ejecuta con colores transparentes obrando como blanco el del papel; para la segunda se emplean colores con más cuerpo, incluyendo el blanco, y se cubre toda la superficie. El citado *Diccionario Enciclopédico* lo define extensa y claramente, llegando hasta decir que los colores han de tener la necesaria consistencia para poder usarlos como los colores al óleo.

Luego en esto no hay motivo para discusión alguna, y la dificultad sólo estriba en el uso de un vocablo que según unos es intraducible y según otros tiene una equivalencia completa en castellano.

¿Qué se ha entendido generalmente hasta ahora por pintura á la aguada? Oigamos lo que dice el referido *Diccionario*: «Esta confusión de procedimientos técnicos ha producido la confusión en la teoría de los diversos géneros de pintura, á tal punto que hay profesores que, al escribir acerca de ellos, bajo la denominación de *pintura á la aguada* comprenden todas las maneras de pintar con colores disueltos en agua y mezclados con ingredientes glutinosos, ora se empleen en el trabajo colores transparentes y sin cuerpo, ora colores de cuerpo y pasta, y opacos. En realidad, hoy la pintura con colores desleídos con agua no es ya ni la *aguada* antigua ni la antigua *acuarela*».

Pues esta es la verdad; salvo que el para mí siempre respetable autor de estos artículos crea que es una confusión lo que en mi humilde concepto contribuye á la claridad. Porque es lo cierto que en España no se ha hecho una distinción especialísima entre estos procedimientos, y con *aguadas* de bistre ó sepia marcaban las sombras de sus dibujos los antiguos maestros, con *aguadas* los arquitectos lavaban sus proyectos, en ocasiones daban *aguaditas* los pintores en miniatura,

se iluminaban con *aguadas* transparentes las iniciales ó las viñetas de los antiguos códices, y también daban *aguadas* pastosas de blanco y de otros colores cuando preferían este procedimiento; á todo lo llamaban *aguadas*, era esta una voz genérica, pero que si en algún sentido tendían á especializarla, nótese bien que no era con la significación del color espeso, sino precisamente todo lo contrario, con la del *lavado*; aceptándose como cosa corriente la definición que, por ejemplo, da á la palabra *lavar* el *Diccionario Enciclopédico* de Gaspar y Roig: «desleir uno ó más colores con *aguadas*, para iluminar algún dibujo ó estampa.»

En la época moderna han ido desapareciendo las *acuarelas* lavadas, llegándose gradualmente con los mismos colores, aunque mejorados por la manufactura extranjera, al resultado bien conocido de la *acuarela* actual, y se ha formado en su consecuencia una rama bien definida por el uso exclusivo de colores transparentes, deslindada de la otra rama de colores del cuerpo que denominan *gouache*; pues si en ocasiones se mezclan los dos sistemas, no obsta esto para que á cada cosa la llamemos por su nombre. En España seguimos este camino más ó menos pronto, implantamos la palabra *acuarela* y no encontrando sustitución fácil para la voz *gouache*, nos quedamos con ella, españolizándola poco á poco en el uso corriente.

He dicho que implantamos la palabra *acuarela*, porque, si yo no me equivoco, es de ayer cuando se ha ingerido en el habla castellana. Tengo á la vista tres ediciones del *Diccionario de la Academia Española*, 1852, 1869 y 1884, y sólo en la última aparece esa voz. Consulto el *Diccionario etimológico* de D. Roque Barcia, tomo 1.º, 1880; no tiene *Acuarela*; pero al llegar el Apéndice, 1883, ya se ve incluida. Léase bien, porque su definición nos viene como anillo al dedo. «*Acuarela*.—Diseño á la *AGUADA* y de muchos colores; especie de iluminación en que se emplean colores transparentes del menor espesor posible.» Aquí matamos dos pájaros de un tiro; por un lado se prueba lo moderno de la dición y por otro nos acompañamos de una autoridad respetable para decir: «*Aguada* y *acuarela* todo es uno.» Algo tardó, sin embargo en hacer el viaje la *acuarela*, porque ya en 1851 publicaba D. José Galofre su libro *El Artista en Italia*, donde nos hablaba repetidas veces de la *Aquarela*, que por cierto la escribía así, con g.

Ocuparse de este género de pintura y no acudir á la imaginación el nombre de Fortuny, sería, en verdad, cosa extraña; uno de sus biógrafos, D. José Ixart, dice en su obra *Fortuny*—1882—lo siguiente: «Fortuny admiró en la *acuarela*... en su pincel pasaba la pintura á la *aguada* del procedimiento para simples apuntes á verdadera obra de arte.» y hablando de las figuras dibujadas que existen en la Escuela de Barcelona, expresa que están hechas «á lápiz, á pluma y á la *aguada*» Esta voz, empleada así, resulta de tan fácil inteligencia, que no deja lugar á dudas; pero hora es ya de presentar otros testimonios de mayor antigüedad y especialmente el de los patriarcas de nuestro lenguaje artístico, Pacheco y Palomino.

Dice el primero en su *Arte de la Pintura* escrito en 1649 (aunque la edición que he consultado es la moderna de 1866) que la iluminación es pintura al temple y el temple semejante á la iluminación; que en el temple propiamente dicho se dan las medias tintas á la *manera de las aguadas*, y que él, Pacheco, perfilaba siempre con u *aguada suave*. Céspedes se acomodaba mejor al temple que había aprendido en Italia, llamado *Aguazo*; pero había que humedecer constantemente el lienzo por detrás. En la pintura sobre raso y tafetán se dan unas *aguadas* de colores templados con goma laca, de los que no tengan cuerpo, y estas *aguadas suaves* por todas partes. En la iluminación se gasta albayalde y algunos no quieren moler los colores con goma y lo hacen con *agua clara* para que queden más delgados y sin cuerpo, habiendo dos modos de pintar, uno en que se valen del color de la vitela y otro á la manera del temple antiguo. Los rasguños, dibujos y cartones se ponen en limpio, ya con lápiz negro, ya con negro y rojo, ya de *aguadas suaves* en papel blanco, como lo hacía Polidoro y el divino Rafael, ya de *aguada* y *realce*, valiéndose del papel tejido de cualquier color que sirva de media tinta, al albayalde con goma con que se *realza*, como se ven muchas cosas de valientes.

Pusémos ahora á Palomino, que publicaba en 1715 su *Museo Pictórico*.

Divide la pintura colorida en tres comunes especies, á el temple, á el fresco y á el óleo; subdivide el temple en iluminación, miniatura, *aguazo* y *labrada* ó *manchada*; en la Iluminación se reserva el blanco de la superficie, se pasa de perfiles con una *aguadita* suave de carmin... y nunca se usa de otro blanco que el de la materia en que se ejecuta, éste se reserva con gran cuidado donde conviene, y dando la primera *aguada* con tal suavidad que, sin violencia, se una y desperfila con el blanco de la superficie. La Miniatura es muy semejante... se distingue en no ser plumada ni unida por continuada extensión de tinta, sino por la repetida imposición de sutiles puntos. La pintura al *Aguazo* se hace sin más blanco que el de la superficie, se humedece por el reverso, se pasa una *aguadita* de carmin muy delicada... usando de las *aguadas* según conviene á el color de cada cosa. La pintura *labrada* á el Temple es la que obra empastando y cubriendo de color la superficie, usando de *blanco material* para templar las tintas... si en el temple la tinta estuviese muy *aguada* se le echará la cola fuerte. Pero antes de pintar, el principiante copiará algunos dibujos de mano, como de *aguada*, pluma ó lápiz.

Me he detenido algo en el extracto de tan importantes autores, porque estos documentos son de oro en el caso presente. Toda clase de pintura al agua entra en la categoría de temple, pero en el que se conoce más por ese nombre, donde interviene el blanco material, se habla sólo de *aguadas* por analogía; á la *manera de aguadas* que dice Pacheco, y precisamente conviene observar que la *gouache* es lo que más se acerca al temple. En la iluminación unos gastan colores delgados y otros con cuerpo, molidos con goma ó sin ella; pero en aquella clase de pintura que se reserva el blanco (como seguimos diciendo ahora) siempre se dan *aguadas* y *aguaditas*. De manifiesto se pone el significado que daban á esta voz en su sentido de temple y de suave, y aun generalizándola en algunos casos, establece Pacheco una verdadera distinción entre los dibujos de *aguada* y los de *aguada* y *realce*; así como al mencionar Palomino los de *aguada*, pluma y lápiz, viene á la memoria el que, por rara coincidencia, sean iguales estos términos á los empleados en el ya citado estudio de las obras de Fortuny.

D. Cirilo Gamarra escribió en 1743 la *Clarísima preriosa Antorcha que ha encendido para guía de los virtuosos aficionados á Miniatura, Empastado, Iluminación y Pastel, un curioso etc.*, etcétera, etc. A pesar del kilométrico título de esta obrita, no creo sea de grandes enseñanzas; pero en el proceso de la dición que nos ocupa, no está demás el saber cómo la emplea: dice que para la iluminación y miniatura han de usarse los colores tan líquidos como el agua, y que la tinta de China se gasta muy *aguada*.

Ya con estos antecedentes no es extraño que se perpetúe el mismo concepto de la frase y así haya llegado hasta nosotros. En la *Compilación de todas las prácticas de la Pintura*, por D. Mariano de la Roca y Dolgado—1880,—incluye un Tratado de *pintura á la aguada*, donde lo primero que aparece es «Preceptos para la *acuarela*» y entre ellos que se den *aguadas ligeras* y *aguadas anchas*; que las veladuras son *aguadas* de color claro y transparente, etc., etc.

En el dibujo industrial sabido es que se dan por lo menos tonos locales y que estos no son de colores de cuerpo. Pues bien, en el *Curso de Dibujo industrial*, por D. Isaac Villanueva 1863—puede leerse: «Se llaman *dibujos lavados* ó á la *aguada* los que se hacen en papel con tinta de China ó colores disueltos en agua».

El *Curso elemental de Topografía y Agrimensura*, por D. Demetrio de los Ríos—1864—expresa que «los planos *lavados* pueden serlo á medias tintas y con colores... se dibuja de lápiz, se pasa de tinta los caminos, ríos, etc., y se da una *aguada general* de medio color».

Don Mariano Borrell, en su *Tratado teórico y práctico del dibujo*—1866—obra que anda de mano en mano entre toda la juventud, al explicar cómo se hacen los dibujos *lavados*, dice que se dará el número de *aguadas* que requiere el efecto; y sigue, valiéndose del mismo término, dándole en todas ocasiones la misma significación.

Me parece que sin necesidad de más citas puede darse ya por evacuada la prueba propuesta de que *aguada* no es sinónimo de color al agua, de cuerpo y pasta; mas por si alguien creyera oportuno que se incluya entre estos documentos la definición oficial, la del

Diccionario de la Academia, me complazco en publicarla, porque ella entra en el concierto general de las ideas repetidamente expuestas.—*Aguada*.—Pintura. Color disuelto en agua sola, ó en agua con ciertos ingredientes como goma, miel, hiel de vaca clarificada, etc.» Si esto no es generalizar el concepto de la especie de pintura acuosa de que nos habla Palomino, no lo entiendo.

Mas á pesar de tan repetidos argumentos, alguien preguntará, puesto que yo también me lo he preguntado, qué fundamento tendrá la aplicación especial y restringida que se quiere dar á este vocablo, contraria á la que hasta hoy tenemos aprendida, y no he encontrado más que una razón; pero de tanta fuerza y peso en apariencia, que bastó para dejarme perplejo en un principio y anegado en confusiones.

La manera más fácil y corriente que se me ocurre para encontrar la traducción de una palabra francesa, pues que de traducción se trata, es recurrir al *Diccionario Francés-Español*. Pues bien, y aquí mi decepción que humildemente confieso, los diccionarios que he consultado me dan invariablemente esta traducción: «*Gouache* f. gnách. *Aguada*» El resultado no podía ser más negativo para mis opiniones; pero el hecho resultaba cierto, tangible, inevitable: *Gouache; Aguada*. Y puesto que los hombres conocedores de ambos idiomas me dan esa traducción, esa debe ser y no otra, y no puedo ni remotamente disentirla. Pero como no me gusta proceder de ligero, recordando además aquello de: «Abrojos: para los ojos... dije, volvamos la hoja, ó mejor dicho el volumen, y puesto que *Gouache* es *Aguada*, *Aguada* será *Gouache*. ¿No es así? Pues no señor, que es todo lo contrario. Tengo á la mano el *Diccionario* de D. Vicente Salvá, decimacinta edición—1881—y leo en español: *Aguada*; traducción francesa: «*Aquarelle*, dessin, esquisse en camifera», es decir, todo menos *Gouache*. ¿En qué quedamos? ¿qué inconsecuencia es esta? Y de pregunta en pregunta, viéndome ya á mi modo la solución del enigma, busco ávidamente «*Aquarelle-Aguada* para lavar planos, etc.» *Aquarelliste-Pintor á la Aguada*. Vuelvo luego al segundo tomo para ver en español, *Acuarela*... y no lo encuentro, no existe esa palabra. ¿Pero es que en español todo es *aguada*?

Pues esa es la solución ni más ni menos; aquí está descifrado el enigma; en español no hay más que *aguada*. Los formadores de estos diccionarios, saben bien que en francés hay dos palabras que tienen un significado concreto, *Aquarelle* y *Gouache*; para esas dos palabras no encuentran una traducción exacta; pero como saben á su vez que en castellano la voz *Aguada* tiene una significación general que puede abrazar ambos conceptos, de aquí que aquellas dos frases las traduce igualmente por esta; y esta, *Aguada*, la vierten al francés con la denominación *Aquarelle*, pero no con la de *Gouache*.

No sé si habré expresado claramente la importancia de este engranaje de vocablos; el resultado es que un francés con el diccionario en la mano, dirá que *aquarelle* se llama en español *aguada* y que los españoles no tenemos la palabra *acuarela*.

Así que, el erudito é inteligente señor Mélida creyó oportuno traducir el artículo *Gouache de Adeline*, por *Aguada*; pero debió considerar el vocablo de los que él mismo expresa en la *Advertencia*, que son poco sustituibles en nuestro idioma, y arraigado en el curso de la traducción por su sentimiento artístico, y el valor de las frases técnicas que conoce perfectamente; cuando llega al artículo *Acuarela* dice que no se emplea antes más que para *aguadas*, tintas generales (á l'état de lavis, de teintes plates, dice el original) añadiendo después que la *gouache* y que las *gouaches*... con lo que demuestra lo intraducible de la dición, porque de no ser así, no la pondría en francés escribiendo en castellano, ni interpretaría *lavis* por *aguadas*; prueba de que no encontraba en nuestra lengua una palabra que sustituyera por completo á la tan disimulada de *gouache*.

Al sentar esta afirmación me viene á la mente cierta idea, que por no ser de mi competencia, solo muy por lo bajo me atreveré á indicar. Si no tenemos esa palabra, ¿por qué no la inventamos? El varias veces citado *Diccionario enciclopédico Hispano-Americano* dice que el nombre francés *gouache* viene del italiano *guazzo*, que significa charco, de donde hemos tomado los españoles la palabra «*aguazo*». De aquí resulta que *gouache* y *aguazo* tienen un mismo origen, lo que quizá facilitaría la adopción de

esta frase sin escrúpulo alguno, y aunque pudiera argüirse con fundamento que la pintura al aguazo tiene una técnica distinta de la *gouache*, esto se subsanaría haciéndola femenino y convirtiéndola en *Aguaza*, que al fin aunque palabra nueva, tendría su filiación correspondiente, y si esta no conviniera, podría buscarse otra entre las voces castellanas *Aguacha* y *Aguachar*, si se creía que nos sacaban del apuro. Lo esencial es que poseamos dos nombres para designar las dos especies de pintura que hoy se llaman *acuarela* y *gouache*, á la vez que se conserva el armonioso, enfónico y castizo de *aguada* para toda la clase en general, y más particularmente para aquellas tintas unidas por continuada extensión de que nos habla Palomino.

Pero este asunto no soy yo quien pueda ahondar, y aun solo su indicación espero que me sea dispensada en gracia al buen deseo. Personas doctas tenemos, perfitísimas á la vez en materias de arte, y ellas son únicamente las autoridades para tratarle y resolverle. Lo que he pretendido demostrar únicamente es que si el catálogo de la Exposición del Círculo, y los artistas en general, emplean la voz *gouache*, es porque entienden que no pueden, para diferenciarla de la *acuarela*, sustituirla con la de *aguada* sin violentar la significación genuina de esta. Si no he conseguido mi objeto, he reunido por lo menos algunos datos que otros, con más ingenio, podrán utilizar como prueba, para que en este pleito puedan salir libres y sin costas; y aun en el caso de que se presentaran otros testimonios contradictorios, que no me parece fácil, y se llegara hasta el caso de condenarles por delito de extranjerismo, aquí donde tantas locuciones francesas se han introducido con menos motivo, creo que podrían ser indultados sin dificultad alguna, declarándoles moralmente exentos de responsabilidad.

JOSÉ MARTÍ

IBSEN Y DAUDET (2)

II.

Didior, marqués d'Alein, es el prometido de Magdalena de Remondy, rica heredera, menor de edad, y que tiene por tutor á Mr. de Castillon, magistrado. En Niza, donde se encuentran las dos familias, pues con Didior está su madre, se concierta el matrimonio.

Pero el tutor, que como el doctor Bartolo y otros muchos tutores, quiere para sí la pupila, averigua que el padre del novio ha muerto loco, y esto le sirve de pretexto para oponerse á la boda. Didior ignora la enfermedad de que murió su padre, pues su madre, la marquesa d'Alein, siempre le ha ocultado la terrible verdad para evitar que la aprension de heredar la locura precipite en ella acaso al hijo querido. Para conseguir que se rompan aquellas relaciones, á lo que Didior se opone con vehemencia, es necesario que la misma Magdalena, en una dolorosa entrevista, declare, mintiendo por caridad y por amor, que ya no ama á su novio.

Didior, desesperado, se vuelve furioso contra el tutor, y exclama.

—Ya es libre, libre para todos, puede ser de quien quiera... pero de usted, jamás; si usted osa levantar los ojos hasta ella!...

—Señor marqués—interrumpió el tutor.—¡yo veo que está usted loco, lo mismo que su padre. Y nadie se bato con un loco.

Aquí comienza el mayor mal, el terror de la marquesa: su hijo sabe la verdad, que tan cuidadosamente le ocultó siempre; puede entrar en aprension, puede con el miedo llamar la locura, que acaso se hereda indefectiblemente, como dicen. ¿Qué hace? El mayor sacrificio. Declarar á su hijo, matando el honor por salvarle á él, que su madre ha sido culpable, que el loco... no era padre suyo. Inútil recurso, Didior no cree en la deshonra de su madre; no cabe insistir en aquella noble superhería.

—¿Tú culpable, madre?—dice Didior.—¡Imposible! De eso no me podrá persuadir nadie.

Hermus, un amigo de la familia, encasado con esta respuesta, declara la verdad; su madre teme que Didior, preocupado con la idea terrible de la herencia funesta, sea despreciado bajo el influjo de tal idea.

—Pero si gracias á Dios—contesta

(1) En el artículo anterior se imprimió materialmente y material por materialismo y natural.

si marqués, —esa idea no la he tenido en mi vida! Por lo pronto, porque tengo la cabeza firme y los ojos en su sitio. No sé lo que es vértigo. Y además, los nuevos catecismos de la ciencia moderna yo no los acepto ciegamente; pienso como tú, mi antiguo maestro, que para luchar contra el poder nocivo de la sangre heredada, el hombre lleva una fuerza moral interior (sic), que, si él quiere, puede emanciparle de esas leyes de la fatalidad.

Y Hermus añade:
—¡Pues ya lo creo! y eso es lo que nos diferencia del bruto.

Este es *El Obstáculo* en esqueleto; sus bellezas, que al parecer son muchas, no consisten, como se ve, en la presencia del protagonista, la locura heredada, el mal del padre repercutiendo en el hijo y espantando á la madre como espantó á la esposa.

Algunos han dicho que Dandet se proponía demostrar que no siempre se hereda la locura; pero no debió de ser tal el propósito del ilustre novelista. Entre otras razones, porque Didior, al acabarse la comedia, es muy joven todavía, y puede ser que, cuando ya nadie se acuerde del *Obstáculo*, el marqués d'Alein pierda el juicio, previa ó no la aprensión de perderlo. Y entonces adios tesis.

Otros dicen que en esta obra se defiende el idealismo contra el determinismo. Yo opino que tal idealismo hay, que está muy por encima de esta cuestión: ¿se hereda necesariamente la locura? Pudiera ser la afirmación cierta y sin embargo no padecer por ello esos grandes intereses morales que se pretende salvar quitando aprensiones á los descendientes de los locos. Pero no quiero insistir en este punto, primero, por no corresponder á mi propósito presente; y además, porque temo no explicarme bien. Desde que vi lo mal que me entendía en ciertas materias delicadas hombre tan agudo como el Sr. Balart, desconfío de mis facultades de expresión para las ideas que no sean triviales y corrientes. A otra cosa. Al drama de Enrique Ibsen.

III

No pretendo analizar toda la obra, trabajo que saldría con mucho de los límites de un artículo como el presente. Solo pienso referirme á aquella parte de la acción y de los caracteres que ofrecen con *El Obstáculo* de Dandet el contraste de lo vivo á lo pintado, de que antes hablaba.

Cinco personas figuran en *Los Aparcidos*. La señora Elena Halving, viuda del capitán y chambelán Halving; Oswald Alving, su hijo, pintor; el pastor Manders, Engstrand, carpintero, y Regina Engstrand, criada de la señora Halving. La escena representa una casa de campo á orillas de un fiord de la Noruega septentrional.

La señora Alving ha sufrido años y años bajo el poder brutal de su marido, y ha sufrido en silencio, hasta el punto de dejar creer al mundo entero, aun á sus más íntimos amigos, que el capitán Alving era una persona digna de todos los elogios que el pastor Manders piensa consagrarle en la oración inaugural de un asilo benéfico erigido por la viuda en memoria del difunto esposo.

Es necesario advertir que en su juventud el pastor Manders estuvo enamorado de Elena, y que los instintos de una mutua inclinación sólo fueron vencidos á tiempo, á fuerza de virtud y merced sobre todo al ascendiente moral de Manders sobre su amiga; casada ésta, sacerdote él, se separaron, sin culpa alguna, y no volvieron á verse, pues los Alving se retiraron á la aldea, hasta que la administración del instituto benéfico de los Alving trajo á Manders á la presencia de Elena, ya viejos los dos.

Elena, después del primer año de matrimonio, huyó de su marido, pero los consejos del pastor la volvieron á su hogar y á su deber. A pesar de esto, Manders, fiel guardador de los preceptos de su moral religiosa, no está satisfecho de su amiga, y le lanza sin miedo acusaciones que le parecen fundadas porque él ignora el misterio terrible de aquel hogar en que había un tirano loco, furioso, entregado al vicio, y una mártir. Oswald, alejado de la casa paterna desde muy joven, antes de tiempo ha adquirido en París costumbres que el pastor también condena, y de sus consecuencias deplorables culpa también á Elena.

«Manders.—Usted, señora, ha estado toda su vida dominada por una invencible confianza en sí misma; siempre propicia á despreciar el yugo de toda ley. Jamás quiso soportar el peso de una condena. Todo cuanto en la vida le molestaba se lo ha sacudido encima, sin pena, sin remordimiento; no quiso usted ser esposa y huyó de su marido, no quiso usted la incomodidad de ser madre y ha enviado á su hijo al extranjero...»

Señora Alving.—Es verdad. He hecho todo eso.
Manders.—Ha sido usted culpable, o reconoce, para con su marido, al cual consagra hoy una reparación levantando ese monumento á su memoria; culpable para con Oswald, su hijo, reconozcálo usted también... (Pansa.)

Señora Alving (lentamente y dominándose).—Ha dicho usted; señor pastor; y mañana hablará ante el público para honrar la memoria de mi marido. Yo no hablaré mañana; pero hoy tengo algo que comunicarle... Al juzgar mi vida de esa manera no hace usted más que unir su opinión á la opinión general.

Manders.—Bien, si, ¿y qué? Señora Alving.—Hoy, Manders, le debo á usted toda la verdad... Esta verdad es... que mi marido ha muerto en la disolución en que siempre había vivido... Manders.—¿Y á los extravíos de la juventud los llama usted disolución? Señora Alving.—Nuestro médico se servía de esa expresión.

Manders.—¿De modo que todo vuestro matrimonio, aquella común existencia de tantos años no habrá sido más que un velo echado sobre un abismo? Señora Alving.—Ni más ni menos. Para ocultar el secreto necesité una lucha á cada instante, lucha sin tregua. Después que nació Oswald pareció que mejoraba la situación, pero fué por poco tiempo. Doble combate desde entonces. Yo tenía que ocultar al mundo entero qué clase de hombre era el padre de mi hijo. Por fin... el chambelán, mi esposo cometió la abominación más indigna; trajo á esta misma casa, ahí, á esa estancia, sus liviandades; persiguió á una viuda, la venció, y estos amores tuvieron consecuencias... Después... para retenerle en casa, para que no llevase fuera nuestra ignominia, tuve que hacerme camarada de sus orgías; sentarme á sus mesas y beber con él, y luchar con él, cuerpo á cuerpo, para meterle en su lecho...

Manders.—¿Y ha podido usted sufrir tanto?... Señora Alving.—Por mi hijo. Oswald tenía que salir de esta casa; había cumplido siete años; empezaba á fijarse, á observar; preguntaba... no podía estar aquí. Toda la herencia del chambelán la gasté en el asilo... no quería que Oswald heredase nada de su padre. Todo lo que tenga mi hijo ha de ser mío, todo...

Oswald, de quien, al verle por primera vez, había dicho Manders: «Cuando le vi entrar con la pipa en la boca creí ver á su padre resucitado», persigue á Regina, la viuda, allá dentro, en el comedor.

(Se oye el ruido de una silla que cae y voces.)
La de Regina, mitad estridente, mitad ahogada.
—Oswald, ¿estás loco? ¿Snéltame. (Frase análoga á la que reveló Elena las relaciones de su esposo y la criada.)
La señora Alving (retrocediendo espantada).—¡Ah!

(Fija la mirada con extravío en la puerta entreabierta. Se oye á Oswald toser y bromear. Después el estallido de un tapon de botella que salta.)
Manders (indignado).—Pero... ¿qué quiere decir?... ¿Qué es esto, señora Alving?... Señora Alving (con voz ronca).—¡Aparecidos! ¡resucitados! La pareja del invierno que vuelve... Manders.—¿Qué dice usted? ¿Regina? ¿Será acaso?... Señora Alving.—Sí. Sígame usted. Ni una palabra.

Así acaba el primer acto. Como se ve, el terror de la madre no se funda en el miedo de que su hijo tema heredar el mal de su padre, sino en la visión dramática, gráfica, profundamente artística del mal heredado que se le revela de repente.

CLARIN.

(Concierto...)

EL CASTILLO

Allá en la cima, —que las nubes toca,— del monte, coronado por la bruma, sobre cimientos de tajada roca, que salpica el torrente con su espuma, el señorial castillo á la vista asombrada se presenta, contrastando la piedra cenicienta con el rojo reflejo del ladrillo. Quizá empezó su fábrica el romano, —que vió á sus pies vendido el orbe todo,— levantó el fuerte muro el wisigodo, y la almenada torre el mahometano. ¡Por él pasaron tan diversas gentes! Fué defensa y abrigo de razas y naciones diferentes: de una sola opresión mudo testigo.

En honda quebradura de la sierra se esconde un valle, que se fué formando lentamente, robando arena al río, á la montaña tierra. En soledad tranquila, á la sombra de abetos y castaños, pacen en la vertiente los rebaños al resonar alegre de la esquila; de espigas mil cubiertas con el sol resplandecen las llanuras; fingen selvas oscuras los árboles frondosos de las huertas, que em'alsaman el viento con su aroma... y allí la triste aldea se ha escondido como indefensa y tímida paloma que del neblí sangriento oculta el nido. Allá en la altura, sin cesar, se advierte son de cadenas y clamor de muerte, y el estandarte ondea del ceñudo señor de horca y cuchillo... Abajo, el tronco en el hogar humeante... ¡Arriba está el castillo... abajo está la aldea!

Con igual pesadumbre que el granítico monte oprime el llano.

á la mísera grey el castellano oprime con la dura servidumbre. Para el señor el grano, los inquietos rebaños que pacían en la verde ladera, los frutos que los árboles tenían... señor de haciendas y de vidas era, y de otorgar á joven desposada el vergonzoso honor de la pernada.

Mas ya, entre esas infamias seculares, la santa libertad brota y germina como entre amargas olas de los mares la fuente de agua dulce y cristalina; su espada vengadora centellea, libre es el siervo, al fin, ciudad la aldea y lo que fué castillo es ya ruina! —Solo quedan, cortando el horizonte, en la cima del monte, roto adarve, revueltos pasadizos que la piedra obstruyó; mochas almenas, mohosos estabones de cadenas, férreos nervios de puentes levadizos; rajado torreón del homenaje, como guerrero, hendidá la armadura, apoderado ya de la hendidura de ortigas viles matorral salvaje, y desnudas de vidrios de colores las góticas ventanas á cuyo pié cantaron trovadores la hermosura de altivas castellanas!

En terros y murallas largo empleo tuvo del vendaval la furia loca: la lluvia con su pérfido goteo hundió techumbres y cavó la roca. En la tenaz porfía de luchas tan extrañas, el gigante de piedra sintió un día penetrar el acero en sus entrañas, golpear la piqueta y el martillo, el tronar de la pólvora, y acaso miró al siervo de ayer abrirse paso bajo el hondo cimiento del castillo.

Súbite un monstruo por el llano extenso apareció: con fauces bramadoras lanzando torbellinos de humo denso, salpicado de chispas voladoras, cual rojo y negro y colosal penacho sobre dorado yelmo reluciente, ó vapor de un volcán sobre el picacho, y al escalar el áspera pendiente la aguda resonancia extremó del silbido penetrante, y oyóse á gran distancia, el hervor de su aliento jadeante. Sobre carril seguro por el cóncavo túnel tenebroso aventuróse luego, con ecos de la bóveda y del muro el metálico estruendo fragoroso de su rápida marcha redoblando, con ojos enormismos de fuego la obscuridad profunda iluminando. Al fin salió de la montaña herida, y ante ciudad, despierta con la aurora llevó luz, y movimiento y vida paróse la veloz locomotora.

Cada vez que á la altura las tripulantes máquinas ascienden los gastados sillares se desprenden del castillo, rodando á la llanura. Y cuando el sol oculta sus reflejos y gime el buho en la yerbosa almena, brillan ojos enormes á lo lejos y el fragor de las máquinas resuena:
JOSÉ DE VELILLA

POBRES DE LOS PUEBROS

¡Qué noche tan horrible! De la sierra Coronada de nieve hasta la falda, Viene un aire que mata por la espalda, Como hacen los cobardes en la guerra. Aire sutil, cuyo contacto aterra, Que hiela el cuerpo al par que el rostro es: El pecho oprime, los extremos balda (calda), Y la fiebre en sus átomos encierra.

Para contrarrestar al enemigo Lucha la Caridad; mas como hay tanto Que socorrer, tanto infeliz mendigo. Resulta ineficaz su esfuerzo santo, Si á todos los que hoy duermen sin abrigo No los cubren, María con tu manto!

JOSÉ P. VILANA.

7. enero 1897.

LA TRACION DEL CHATO

Mayuseña marejada hubo aquella tarde de la víspera en la pandilla por el asunto de la procesion del día siguiente. La tremenda noticia de que aquel año solo les brindaban un puesto como ayudantes de monaguillo para el cortejo, fué una racha de nevisca que dejó helados á todos los chicos de la banda. Es claro, no yendo ellos no había que preguntar por quiénes serían sustituidos; por la cuadrilla de Patas, el de la ronda. ¡Ya se las pagarán, va!... ¡Así como así, tenían una pedrea pendiente!... ¡Pero lo que más encendió en cólera á los muchachos fué el sarcasmo de dejarles un sitio!... ¡Bueno que los echasen; pero semejante fineza era una burla que no podía quedar impune; y preocupados con la idea de la venganza, sin acordarse de las chapas ni del trompo, se reunieron antes de anoecer junto á la fuente para deliberar lo que había de hacerse en tal trance.

Desde luego convinieron en no aceptar el único puesto ofrecido; todos ó ninguno, y en cuanto á la venganza lo mejor era esperar á que el Chato llegase; él decidiría. A poco el esperado mocete se reunió con el peloton de sus compañeros, y los chicos le rodearon afanosos como queriendo preguntarle algo, pero sin interrogarle más que con la mirada. Enteróse el Chato del acuerdo de no aceptar el hueco brindado; lo aprobó saltando una ristra de amenazas contra quien faltase al pacto, y después... ¡El mocete tenía un plan, y por las trazas magnífico!... ¡Bastaba con verle!... ¡El contento le asomaba al rostro!... El Chato miró un instante á sus compinches, les guiñó el ojo, se sonrió, se quitó la gorra, rascóse, se la volvió á poner de un tirón, y exclamó luego con énfasis.

—¡Buena se va á armar con lo que se me ha ocurrido!... ¡Ya veréis, ya veréis!... ¡De nariz de mono!... ¡Os aseguro que se han de acordar toda su vida de nuestra pandilla!... El Chato se llamó al llegar aquí; tornó á quitarse la gorra, á rascarse y á volvérsela á encasquetar, y añadió luego con misterio y con un tonillo gntural é incisivo:
—¡Pero necesito gñital!... ¡Sin monises no hacemos nada!... El efecto de estas palabras fué prodigioso; la banda se quedó suspensa, asustada; miráronse unos á otros los granujas, y nadie desplegó los labios. ¡Dínerol!... ¡De dónde iban á sacarlo!... Nadie se molestó en registrarse los bolsillos... ¡Para qué? ¡Como si no les hubieran requisado bien la ropa sus madres á los chichelos antes de salir de casa!... Uno de ellos, al fin, se adelantó al Chato, y le preguntó con ansia:
—¡Te hace falta mucho!...
—Poco—replicó lacónicamente el Chato.—¡Veinte céntimos!
—¡Pues eso se saca en seguida!...—dijo el otro con aire de desprecio.
—¿Cómo?
—¡Vendiendo nuestros peones!... El conflicto estaba resuelto. ¡Cosa más sencilla! ¡Y no se les había ocurrido antes! Escogieron los dos trompos más lindos y de punta más torneada, refregáronlos bien, para quitarles las manchas de mugre, con la lija de una caja de fósforos, y los llevaron allí cerca, á la Caba Baja, al maestro tornero instalado en el portal de la primera esquina de la calle. Todo fué cosa de unos momentos; tres chicos corrieron con lo venta, y tornaron á escape con las piezas en la mano, entregándoselas al Chato. Luego el Chato reconcentró los muchachos hasta formar un manajo de cuerpos, se metió en medio y cuchicheando, á media voz, atisbando á la vez la plaza por encima de los hombros de sus compañeros, les comunicó el tremendo plan de venganza que le bullía por el magin, contra el tío sacristán que les había quitado aquel año sus ayudantías de monaguillo, en la procesion. Y el plan debió de parecerles soberbio; porque los granujas se reían al escuchar á su jefe, y cuando se separaron por distintos caminos, como un tropel de moscas que se esparece, llevaban todos la cara muy satisfecha.

zaban á coronarse los voladizos de las balconadas enreperitos de avispa, caras de cielo y sombreros de pluma; las efigies estaban ya en las andas; pendones y estandartes á punto; por el porton de la iglesia, abierto de par en par, salía un resplandor vivísimo, como si estuviera el sol dentro; sólo faltaba el piquete de escolta, y al fin, estruendosa, alegre, cabrilleante, armas al hombro, al son de la música, desembocó en la plaza la compañía de tropa encargada de tal cometido.

Ataviados con los trajes de fiesta, polvorientos, sucios, alborotadores, comidos de ansiedad, encaramados en los barrotes de un ancho ventanon lleno de telarañas, que debía corresponder á alguna estancia deshabitada; como inquieto bajo relieve del vetusto edificio, aguardaban los compinches del Chato la salida de la procesion, gozándose de antemano con el efecto que produciría en la multitud el ver á todo el séquito tosiendo con un solo y unánime arranque de tos, y llorando por la fuerza del golpe sin serle dado á ninguno articular palabra. ¡Verdaderamente había sido diabólica ocurrencia la de mezclar polvo de guindilla en el incienso! Con tal que no advirtiesen el enjuague. Sólo el Chato era capaz de atreverse á tal desaguisado, y á una hora en que se hallaría llena de gente la sacristía de la iglesia. Así se fué el tiempo, los guardias civiles abrieron calle, las bandas se movieron, el cortejo iba á ponerse en marcha... y el Chato sin dar señales de vida, habiendo quedado en reunirse con ellos antes de salir la procesion. ¡Si le habría acontecido algo!... Tentados estuvieron los chicos de bajarse de la reja y entrar en el templo, pero la gente les cerraba el paso con un muro de carne, y se quedaron azorados é inquietos en los barrotes.

Ea, la procesion desfilaba; los guardias civiles avanzaron rompiendo el gentío; las bandas ocuparon su sitio en el cortejo, y adelantaron dos de ellas, silenciosas y aguardando turno, y la tercera tocando una marcha á paso lento; comenzó la iglesia á vomitar por el bocon de su puerta niños engalanados, archicofrades con sus escapularios colganderos de los hombros y sus cetros en la mano derecha, estandartes de brocado y pendones de seda lisa... ¡Ahora!... ¡ahora!... La efigie de la Virgen salía. Los congregantes aparecieron colgándose en el aire los incensarios de plata, y llenando la atmósfera de humo y de aromas... ¡Pues nadie tosía!... ¡Qué cosa tan particular!... ¡Si no habría podido el Chato conseguir sus propósitos! Y mientras, seguía la comitiva su curso, la imagen de San Isidro siguió á la de la divina Señora, y al cabo sonó el tintineo de las campanillas, escucháronse las preces de los sacerdotes, el piquete de tropas rindió las armas, la música entonó la marcha real, y el Santísimo abandonó la iglesia y desembocó en la plaza enhiesto entre las columnillas del hermoso templete dorado á fuego, y... ¡válgame Dios lo que atisbaron de pronto los chicos!...

¡El!... ¡El Chato!... ¡El Chato! ¡Imposible!... ¡Vefan mall!... ¡No, no podía ser tal cosa!... ¡Pero, sí, sí era!... ¡Iba embaulado en la roja sotana, y llevaba sobre la cabeza un cesto de flores! ¡Bah! ¡Estaban soñando! Se convencerían bien pronto en cuanto la comitiva se acercase. ¡Mas! ¡Si! ¡Parecía como que procuraba esconderse! ¡El mismo! ¡El mismo! ¡Les había hecho traicion! ¡Ya no podía dudar! ¡Indecente! ¡Puerco! ¡Mal compañero! ¡Ah, cómo hubieran saltado sobre él á no estorbarlo la gente y la comitiva!

Y petrificados por el asombro y temblones por la cólera, sin atreverse á creer en la tratada de su jefe, permanecieron los chicos colgando de la reja, contemplando cómo la procesion se alejaba, hasta que un municipal les gritó encarándose con ellos:
—¡Eh, patulea, que ya no hay más que ver! ¡Abajo!

En estas, ansiosa de ver la procesion cuanto antes, se agolpaba la multitud en los alrededores del templo de San Andrés, que estaba aquel año de turno, é invadía la angosta plazolella frontera al edificio. Haciéndose paso á duras penas, pidiéndolo por favor, por el estrecho canal que la gente abría, iban llegando á la iglesia angelillos de alas de talco y faldas de rasete, vírgenes con manto de muselina y tónicas de lana, evangelistas en carnes, con ropas de pieles y sus borreguillos al lado, santas descalzadas, de todas vestiduras, todos rayanos en los infantiles ocho ó diez años, y acompañados de las madres, las ricachas de por allí, muy peripuestas de traje de faya, pañuelo de crespon y mantilla de casco. El arribo de los niños era saludado entre la gente con frases de entusiasmo; comentaban las mujeres, singularmente las viejas, la apostura de los chichelos, y censuraban ó alababan el gusto de sus adornos; de cuando en cuando, empujando á todo el mundo, refregándose con todos, sudoroso, anhelante, avanzaba algún archicofrade tardío, temeroso de haberse retrasado; reñían los granujas; se montaban los pequeñines á hombros de sus padres para atisbar por encima del oleaje de cabezas; ondeaban al viento el cillo de la tarde las alas de las mantillas de las señoras; ventanas y balcones se engalanaban con colgaduras de percalina y colchas de cama; comen-

CONTRA LOS INGRATOS

FABULA
Oyendo de la garrucha el chillido áspero y ronco, dijo el cubo que ascendía de lo profundo del pozo: «Amiga, ten más cachaza, que te quejas por bien poco; tú no haces más que dar vu en un espacio muy corto, mientras bajando y subiendo paso mi vida en remojo. Comparate, pues, conmigo y cese ya el alboroto, pues si tocan á quejarse haré que me oigan los sordos.» —Si penetraras, buen cubo, de mi dolor en el fondo, menos injusto serías y más misericordioso. No de fatiga me quejo, que antes me pudro en el oco quejome, sí, de los años que he perdido uno tras otro compartiendo tu faena de sacar agua del pozo, sin darte ni una gota de la que viertes á chorros.

Rivalos son de ese cubo.

ALFONSO PÉREZ NIEVA

mil hombres que yo conozco; garruchas... tengo una en casa que á vuestras órdenes pongo.

MANUEL DEL PALACIO.

FRIO SEGUN LA ROPA

(IMITACION DE CAMPANOR)

Un anarquista en accion:
—El mundo antiguo se enfria,
¡que muera la burguesia!
¡sangre, fuego y destruccion!
Una actriz muy escotada:
—¡Y la accion pasa en el Congo!
Uno solo como un hongo:
—¡Y qué cama tan helada!
Un federal en un brete:
—No hay pacto con este frio.
Uno:—¡Gesante, Dios mío!
¡Me he quedado hecho un sorbete!
Un candidato de viaje:
—Yo por la Siberia salgo.
Una que se trae algo:
—Quien no sué que se nafe.
Un critico muy arisco:
—De hidrofohia estoy tocado.
Un elector sulfurado:
—En este pueblo habrá cisco.
Un sereno:—Tontería,
al frio hay que hacerse el sordo.
Una chica:—El premio gordo
y encima una pulmonía.
Un nocturno trovador:
—Salid, ardientes suspiros.
Un matutero:—Yo á tiros
entro muy pronto en calor.
Un mantero:—Estoy contento.
—Buen temple. Uno que va en coche.
Una casa: la ayer noche
—Si hace frio, no lo siento.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

CARTA SEMANAL DE LONDRES

Funesta noticia del Times.—El tiempo.—Cremacion del cadáver del conde de Bedford.—Dos actos de piratería en China.—Té á ocho reales la taza.

El Times del miércoles fué mensajero de la funesta é inesperada noticia del fallecimiento del Sr. Alonso Martínez. El telegrama produjo honda pena en la colonia española.

Eminentísimo estadista y jurisconsulto, correctísimo caballero, bondadoso con todos y amantísimo de su familia, era Alonso Martínez uno de los pocos hombres cuyo paso por este mundo deja un ejemplo que seguir y un vacío que llenar.

Su muerte ha producido honda pena al que escribe estas líneas, y al enviar á la acongojada familia del finado el testimonio de su acendrado afecto, no le envía el pésame porque, como dice con gran acierto *El Imparcial* al dar cuenta de la funesta nueva, el pésame lo recibimos todos los españoles.

Signe el tiempo proporcionándonos agradables sorpresas á las que no estábamos acostumbrados. Anteayer se asó un carnero en el Támesis, y ayer, eludiendo la vigilancia de la policía, y salvando, no se sabe cómo, el cordón de esta, que custodia la Serpentina, atravesó esta en un carruaje (tandem team) de dos caballos enganchados á la rusa, esto es, uno detrás de otro, un flemático inglés.

La noticia se esparció con la celeridad del rayo y produjo gran sensación. El carruaje fué escoltado por una multitud de gente. Cuando llegó sano y salvo á la orilla opuesta, la policía tomó el nombre del trasgresor. Por donde atravesó el carruaje, debajo del hielo, había doce pies de profundidad, de agua, de modo que si hubiese ocurrido un accidente, hubiera tenido lugar una desgracia.

El sábado por la tarde se calcula que acudieron sesenta mil personas á patinar y ver patinar, entre la Serpentina, donde hubo unas 20000, en Lond Water, 25000 en el Rond Pond (estanque) y los Jardines de Kensington. La patinación era segurísima en el estanque, donde había muchísimas señoras. El nombre del caballero que atravesó en coche la Serpentina parece que es «Griffiths». He aquí un apellido destinado á eternizarse en Inglaterra.

No todo han sido venturas y felicidades, pues aunque no muchas, ha habido algunas desgracias de piernas rotas, cortaduras al caer en el hielo, y choques entre patinadores semejantes á las de los locomotoras cuando se dan un topetazo.

El capitán Home, secretario de la sociedad de Socorros de Naufragos, hizo trabajar á los hombres que tiene á su cargo para acudir á remediar los accidentes y cuya habilidad es notoria. Dos de éstos llegaron á conseguir que empujando el bote destinado á socorrer, tardase menos de un minuto en atravesar las 150 yardas que hay de una orilla á otra.

La noche última fué un verdadero carnaval en los parques. Millares de gentes estaban sobre el hielo. El frio era intenso: á las siete marcaba 7 grados bajo cero, y durante el día no había pasado de 3.

En el parque del Regente (*Regents*

Park) habría ayer de 20 á 30 mil personas.

El Támesis está cubierto de témpanos de hielo. El espesor de este según los partes oficiales, es el siguiente:

Serpentina, 6 pulgadas y 1/2 á 7.
Rond Pond (estanque), 7 y 1/2 á 8.
Lond Water, 7 y 1/2 á 8 3/4.
St. James Park, 7 y 1/2 á 7 3/4.

Una de las cosas más curiosas es que el frio produce gran deseo de tomar helado, y un italiano que debia saber esta circunstancia, ha hecho muy buen negocio vendiendo helados á un penique.

En cambio de haber hecho mucho más frio, no ha habido nieblas, lo cual es una gran ventaja.

El duque de Bedford, que acaba de morir de resultas de un ataque á los bronquios, era uno de los lores más estimados y más ricos del Reino Unido.

La elevacion de los *Russell* es una de las más extraordinarias que la historia registra.

A fines del siglo XV y principios del XVI, residia en Berwik, cerca de Bridport, en Dorsethire, un caballero inglés, Mr. John Russell, reputado como el más agradable y cumplido caballero de su tiempo. En 1506, hacia fines del reinado de Enrique VII, el archiduque Felipe de Austria, hijo único del emperador Maximiliano, sufrió un violento huracán en su viaje de Flandes á España, y el buque en que el archiduque navegaba se dirigió á Weymouth, donde fué recibido por un tío de John Russell, que para hacer más agradable la estancia á S. A. rogó á su primo John Russell que viniese á Weymouth á recibir al príncipe. Este encontró tan agradable la compañía del sobrino, que le suplicó le acompañase á Windsor.

En cuanto llegó á Palacio se le recomendó con tal empeño al rey, que Russell empezó inmediatamente á tener favor con él, y cuando Enrique VIII en 1509, sucedió á Enrique VII, Russell acompañó al monarca en sus guerras contra Francia, le nombró para algunos cargos de confianza, y por último, le creó y par baron de Russell de Cheney, en 1539.

Al año siguiente, cuando se abolieron los conventos, le dió la *Abadía de Javistock* con cuantos dominios le pertenecian, y á la exaltacion de Eduardo VI recibió la *Abadía de Woburn*, y fué creado conde de Bedford, en 1550.

En el mes de mayo, 1552, le dió Covent-Garden y seis acres más. Así vino á ser propiedad del duque finado, por herencia, el magnífico teatro de la Opera y cuanto le rodea en una extension de siete acres, cuya extension es grande, pues cada acre tiene 4800 varas cuadradas.

Sus fincas de Londres tienen fama de ser las mejor administradas de la gran ciudad.

El dean Stanley solía contar que una vez que él fué á pasar unos cuantos días en la Abadía de Woburn en ocasion en que tambien estaba allí viviendo en casa del duque la reina de Holanda, ésta augusta señora, que estaba sentada á la mesa al lado de Bedford, acercándose á éste le preguntó al oído:

—Duque, ¿puede saberse en confianza, qué renta tiene usted?

A lo que el duque le contestó tambien en voz baja:

—Puedo confesar á V. M. que solo de mi renta annual en fincas recibo más de trescientas mil libras.

Me parece que una renta annual de más de treinta millones de reales, es ya una renta que pocos reyes poseen. Poseia cerca de Osborne, Borris Castle, en la isla de Wight, una de las mansiones marítimas más deliciosas del mundo. Se la compró á mister John Bell, el fundador y propietario de *Bell's Life in London*, y el muro al mar que defiende la casa y los jardines de las agresiones de las mareas, le costó á Mr. Bell más de 40000 libras esterlinas. ¡Cuatro millones de reales!

Partidario decidido, el duque, de la cremacion, ha dejado dispuesta la de su cadáver, y ha sido incinerado en un crematorio privado que ha mandado erigir especialmente en Woking. Durante mucho tiempo celebró consultas acerca del particular con sir Henry Thompson, bajo cuya direccion é instrucciones se construyeron los hornos.

Sin embargo, todos los demás individuos de la familia de Russell han sido enterrados en Cheneyes en Buckinghamshire.

En nuestros días, y cuando tan imposible parecia que hubiese piratas, la prensa de Hong-Kong nos ha sorprendido con la increíble noticia de haber sido atacado y robado el vapor *Namoa* en la costa de China.

El *Namoa*, que es un vapor inglés, salió de Hong-Kong para Swatow (puerto que dista unas 200 millas del Norte de Canton) á las ocho de la mañana del día 10 de diciembre próximo pasado.

Cinco eran los pasajeros de primera clase y 220 los de tercera. Estos últimos eran en general emigrantes que

volvian á su patria con el producto de sus ahorros.

Hasta la una y cuarto del mismo día nada ocurrió de particular; pero al pasar frente á la isla de Pin Hoi, de pronto, de entre los pasajeros chinos, unos cuarenta ó cincuenta, se presentaron de improviso sobre cubierta.

Habian cambiado el traje conque se habian embarcado, por otro que era una especie de uniforme, parecido al que usan los soldados chinos.

Todos ellos iban armados con revolvers y machetes. Antes de que la tripulacion pudiera comprender lo que deseaban, los piratas, siguiendo probablemente un plan previo y cuidadosamente combinado, se habian dividido en cuatro grupos, y comenzando simultáneamente el ataque en el salon donde estaban á la sazón comiendo, el cuarto de los oficiales é ingenieros, sobre cubierta y en la máquina.

El ataque fué tan rápido, tan violento y tan enérgico, que toda resistencia fué imposible, pues los piratas habian tomado la precaucion de coger todas las armas y municiones de los marineros y oficiales.

En los cuartos de los maquinistas y los de los oficiales, donde estaban comiendo los mismos, empezaron á hacer fuego y arrojar unas ollas de azufre y alquitran capaces de asfixiar.

El segundo maquinista, Ramsay, recibió un tiro en el brazo; pero consiguió escaparse á la máquina. El segundo oficial fué hecho prisionero, y bajo pena de muerte se le exigió que dijera dónde estaba cuanto dinero, alhajas ó valores le habian entregado al capitán para su custodia. Otra partida atacó al tercer oficial, Eddy, que estaba sobre cubierta. Logró escaparse, yéndose á la máquina, donde le siguieron los piratas, y tambien le hirieron en el brazo de un tiro. Al tercer maquinista, que estaba en la máquina cuando comenzó el ataque, vinieron á unirse los segundos maquinista y oficial buscando refugio en el mismo sitio. Los tres se escondieron debajo de las calderas, y durante algun tiempo eludieron la persecucion de los piratas.

Entre tanto otra partida de éstos atacó el salon, y algunos de ellos, amenazando con los revolvers por el tragaluz de sobre cubierta, pidieron que el capitán subiera. Uno de los piratas, que hablaba inglés, dijo:

—Vamos á robar á los pasajeros, y queremos que suba el capitán.

El capitán, Pook, se levantó inmediatamente, y se dirigió rápidamente sobre cubierta; pero apenas llegó á ella cuando uno de los piratas, que estaba acechando su llegada, le hizo fuego, atravesándole el pecho. No cayó en el momento; pero, vacilando, entró en su camarote y cayó espirante sobre su cama, perdiendo sangre que á borbotones profusamente manaba de la herida.

Una media hora despnes espiró.

Entre tanto los piratas continuaban su obra. Los pasajeros que estaban en el salon se levantaron precipitadamente de la mesa en que estaban comiendo, y se escondieron en sus camarotes, á las puertas de los cuales empezaron á tirar tiros y ollas de azufre y alquitran que producen un humo asfixiante.

El segundo contramaestre tuvo que rendirse á una de las partidas de los piratas, que le rodearon, poniéndole al pecho revolvers y machetes, y le obligaron á bajar al salon y decir á los pasajeros que salieran de sus camarotes, y fueran al del capitán y permanecieran allí, si no querian que los mataban. Los pasajeros entonces salieron de sus camarotes y fueron al del capitán, á quien encontraron espirando.

Despnes de encerrarlos á todos en el camarote pusieron una guardia de cuatro piratas para custodiar la puerta y ventanas.

El ingeniero mecánico, que estaba en sus camarotes comiendo, se dirigió al salon; pero en el camino recibió varios disparos. Entró en el camarote del capitán, y quedó prisionero con los demás. Otro oficial que se habia escondido en la alhacena fué desalojado de su escondite merced á varios tiros y ollas de materiales de fumigacion. Siéndole imposible permanecer en la alhacena, salió y fué hecho prisionero y llevado adonde estaban ya los demás. Los piratas cogieron al segundo contramaestre, y con él fueron al departamento de las calderas y le mandaron que dijese á los que estaban escondidos aun—el tercer maquinista y el tercer oficial—que si se presentaban no se les haría daño. Salieron y fueron llevados con los demás al camarote del capitán.

Una vez colocados allí todos y cerradas las puertas y ventanas, signió haciendo la centinela la guardia de cuatro piratas, intimidando de vez en cuando á los pasajeros, amenazándoles con los revolvers y machetes por las ventanas.

Antes de dejar el vapor, para desembarcar en la isla, arrojaron un saco con doscientos duros para los maquinistas chinos. Dejaron el vapor á las nueve de la noche, despnes de haber sido dueños de él durante unas ocho horas.

Un cuarto de hora despnes, los oficiales y maquinistas pudieron salir de su prision, donde yacia el cadáver del infeliz capitán Pook. El vapor fué habilitado tan pronto como fué posible para volver á Hong-Kong. En

cuanto llegaron allí los heridos fueron llevados inmediatamente al hospital. El cadáver del capitán Pook quedó en el camarote y sobre cubierta el de un pasajero llamado Petersen.

Toda la cubierta del vapor estaba sembrada con los objetos que los piratas habian tirado sacándolos de las maletas de los pasajeros al registrarlas, y por todas partes se veian las señales de las balas y de las ollas de azufre y alquitran.

Los piratas no tocaron al cargo del buque, que llevaba á bordo cuarenta grandes cajas de opio.

El valor del robo se calcula en unos veinte mil duros.

Entre los pasajeros habia algunos ricos, que regresaban de San Francisco á sus casas.

La indignacion que el hecho produjo en Londres es indescriptible, y es seguro que la revancha será completa, porque no es un hecho aislado, habiéndose ocurrido otros casos análogos.

Aparte de otra revancha, que de seguro no será escasa la que tomen los ingleses por compensacion de los dos actos de piratería mencionados, los ingleses se indemnizan de estas pérdidas arruinando á los chinos, cuyo comercio de té casi les han arrebatado, pues hoy asciende á 75 por 100 lo que surten los ingleses de té de Ceylan; té que es muy superior al chino.

Esto es tan cierto, que dias pasados se ha vendido en primera publica subasta de corredores al por mayor, un cargamento de té, procedente de Galle bolde, Estado de Ceylan, que los expertos ó peritos han calificado como el mejor té que se ha conocido en el mundo, desde que le alumbró el sol.

La puja de este extraordinario producto fué un acontecimiento en los anales de las subastas de martillo.

Despnes de una encarnizada lucha, el té se subastó á ochenta y siete chelines la libra, esto es, á ciento ochocientos pesetas!!

Al cederlo el corredor para la venta, lo hizo al precio de £5.10, es decir, á cerca de veintiocho duros la libra. A este precio, se calcula que cada taza costará una peseta y noventa y cinco céntimos...

Las hojas tienen un color brillantísimo dorado, como que parecen piezas de oro. Y, ¿cómo no han de parecerlo? La verdad es que lo son, porque costando cada libra de té más de seis libras esterlinas, cuesta cada onza de té una pieza de oro de diez chelines...

¡Qué té tan exquisito debe de ser! Pero lo raro del caso es que, á juzgar por el anuncio que ha aparecido en los periódicos, no se podrá probar, porque no se va á vender.

He aquí en prueba de ello la traduccion literal del anuncio:

«Te de á 87 chelines la libra!

«Es el más excelente de cuantos se ha cultivado hasta hoy. El único que, según la opinion de los peritos oficiales, puede reputarse como el mejor que ha producido la tierra. Se ha vendido á 87 chelines la libra, al por mayor, en pública subasta. Puede verse en la oficina de...; pero se advierte que no se vende!»

El diablo son estos ingleses. ¡Vaya una ocurrencia!

B. DE OYA.

Londres, 18 de enero de 1891.

DESDE EL BOULEVARD

A falta de bocados mas sustanciosos para la voraz curiosidad del público que sigue la marcha política general, continúa á la orden del día la cuestion del desarme.

Crúzanse polémicas, amontónanse consultas é intervenciones y á derecha é izquierda danse opiniones, más ó menos autorizadas, sobre las probabilidades, las dificultades y los riesgos de tamaña operacion.

Mientras que la Liga de la paz y las asociaciones filantrópicas políticas saludan y empujan con júbilo esta campaña, que viene como á justificar sus esfuerzos, los pesimistas ponen el grito en el cielo y califican la idea del desarme de muchísimo más peligrosa que todos los armamentos juntos.

El infatigablemente inquieto Deronlede ha publicado un folleto pretendiendo demostrar *urbi et orbi* que la aplicacion de la idea del desarme sería una locura, pues lo mismo si se adoptara el desarme proporcional al número de habitantes de los respectivos países, que en proporcion á la cifra total de los contingentes militares, Francia quedaría en estado de inferioridad respecto á Alemania; y como, por otra parte, el que pudiéramos llamar último veterano del bonlangerismo, reconoce que la situacion armada actual no puede durar mucho so pena de arruinar inútilmente á la vieja Europa, Deronlede saca la consecuencia de que no hay más que hacer sino la guerra.

Afortunadamente que las declaraciones de guerra no suelen hacerse á gusto de ningún patriota exaltado como Deronlede; si no, estábamos frescos con una lógica como la que de su folleto se desprende!

El hecho es que este desbordamiento

de noticias, artículos y folletos sobre el desarme ha de obedecer á alguna causa; y si no lo motiva ninguna proposicion formal, ningún paso efectivo en dicho sentido por quien puede hacerlas ó darlos, como aseguran los que se dan tono de bien enterados, habrá que admitir forzosamente que todo este ruido armado sobre el desarme es pura y simplemente el sintoma más cierto de que Europa no puede ya con el peso de las armas, que de no sacarlo de algun modo la aplastará sencillamente en plazo no lejano, con gran regocijo de la joven América.

Y como es evidente que la guerra no la quiere nadie, por mucho que este axioma pueda contrariar á Deronlede y sus afaes, de ahí que instintivamente, los que ven devorado su dinero y esterilizada su sangre por los crecientes armamentos—que son la inmensa mayoría, por no decir la totalidad, de los europeos—sientan próximo un cambio del estado general de las cosas; cambio que no puede ser sino en sentido del desarme.

El verdadero escollo y lo que debe inquietar más á los hombres de Estado para el caso de este feliz desenlace de la paz armada, es la dificultad de saber cuál será el actor encargado de decir la frase sacramental al universo convertido en espectador de la obra. En el actual estado de los ejércitos y de las diversas constituciones de los países el desarme puede ocultar más de un lazo y á algun país puede tocarle el papel de engañado ó el papel de víctima. ¿Quién cargaría de buena ó mala gana con tan ingrato papel en el reparto, con lo que en la gerga de bastidores se llamaría un *embolado*?

Llegado el caso de venir á la práctica de las negociaciones para el desarme por medio de una conferencia, la dificultad más grande sería—y esto es lo más lógicamente posible—que faltase al indispensable asentimiento previo de todas las potencias, el de Rusia y Francia. Esta, porque su mayor fuerza en el estado actual de cosas consiste en que es la potencia que más fácilmente puede sostener sus armamentos sin arruinarse, por ser la más rica. Si esta afirmacion necesitara demostrarse, bastáranos para ello el reciente empréstito, cuyo objeto ha sido precisamente incluir en los presupuestos generales el extraordinario de la guerra, cubierto diez y siete veces y que ha dado el sin igual espectáculo de ofrecerse al Tesoro 14000 millones en lugar de los novecientos escasos que pedia.

La negativa de Rusia se fundaría en la poquísima fe que puede y debe tener en el parlamentarismo diplomático. La experiencia la ha enseñado en 1878 en Constantinopla y en 1878 en Berlin, lo que su influencia en Oriente puede ganar ó perder en Conferencias y Congresos.

De todos modos, la idea del desarme flota en la atmósfera y parece como que sea la expresion de un verdadero momento psicológico... en ella está contenido quizás el porvenir de este fin de siglo, y lo mismo puede resolverse en desastres que en dichas bienandanzas.

¡Sería triste que este siglo, por tantos conceptos calificado de glorioso acabase como el rosario de la aurora!

Ya el telégrafo ha llevado á esos lectores el epilogo del proceso de la fuga de Padlewski, y acaso les haya sorprendido, por lo inesperado, la absolucion libre de G. Labryere.

A los que asistimos á la vista del recurso de apelacion no nos sorprendió la sentencia dada al día siguiente.

El presidente de este tribunal, cuya cortesía é imparcialidad en su interrogatorio eran el polo opuesto del encarnizamiento y malos modos empleados por el consejero Touté, presidente del Tribunal Correccional que primeramente condenó á Labryere, encaminó todas sus preguntas á tratar de obtener la prueba material de si fué ó no realmente Padlewski la persona salvada por Labryere.

Si algo quedó probado, si bien no todo lo materialmente que la ley necesita para juzgar, es que el individuo puesto en Italia por Labryere no era Padlewski.

Ni los amigos que como patriotas del duelo imaginario acompañaron á Labryere y su protegido á Milan, ni el conductor del *Sleeping-car* ni el mismo Labryere han reconocido en la fotografia del *verdadero* Padlewski al supuesto doctor Wolt.

El presidente del tribunal y el ministerio público insistieron, al interrogar á Labryere, en la posibilidad de que éste hubiera sido engañado al recibir el individuo cuya evasion le pedían que ayundase.

En esta duda, afirmada por la falta de prueba material de que fuere realmente el asesino del general Selivertoff, se funda la sentencia absolutoria de Labryere, por cierto notablemente bien redactada en sus considerandos.

A la justicia no le basta que un individuo se acuse y confiese un delito; necesita que el delito esté probado para aplicar la pena.

Ahora bien; dejando aparte las razones legales, ¿quién ha engañado á quién?

¿Labryere á la policía?

¿Gringoire y Mad. Duc-Queray á Labruyere?
¿Los nihilistas á todo el mundo?
¿Dónde está Padlewski?
¿Esco el problema!
Desgraciadamente, el gobernador de Gerona no nos lo ha dado resuelto, como ofreció.

En esta hermosa París todo es grande.

Parece como que hasta la misma naturaleza quiso hacer tambien el invierno á la medida de su grandeza, y nos envió uno de cuerpo entero.

La miseria pronunciada por los frios ha sido grandísima.

Pero la caridad con que París ha acudido á remediarla ha sido inmensa. La caridad oficial se ha traducido en primer término por dos proyectos de ley que el ministro del Interior ha presentado á la Cámara, y que ésta ha aprobado inmediatamente por unanimidad, el primero pidiendo un crédito de dos millones de francos; el segundo pidiendo cuatro millones más en vista de que los dos primeros no eran suficientes.

El martes votaba la Cámara el primer crédito de dos millones, y hoy puede decirse que está repartido, con más una buena parte del segundo.

Esta rapidez en acudir al socorro de los desgraciados constituye la parte más práctica y mejor entendida de esa caridad oficial, y le da un grandísimo valor.

Por telégrafo se han hecho las primeras distribuciones y se han dado instrucciones á todas las oficinas de Beneficencia pública de Francia—que son las encargadas de repartir los socorros,—instrucciones que aseguran el alivio de la miseria, no sólo de los pobres, que pudiéramos llamar oficiales, inscritos en los registros de Beneficencia, sino todos los necesitados sin distinción.

En París, y así probablemente se habrá hecho en provincias, la consigna dada por el director de la asistencia pública á todos sus subordinados ha sido que se facilite abrigo, alimento y ropas á todo el que se presente á pedirlo, sin exigirle certificados ni nada que embarace el ejercicio de la caridad, sin exigir siquiera en la mayoría de los casos, ni un papel que identifique la persona.

Entre las instrucciones dadas por el ministro del Interior á los directores de Beneficencia para la aplicación de los fondos que se les envían, hay dos que merecen especial mención por lo que ensanchan la esfera de este socorro oficial: La primera es que no se limiten al reparto por medio de sus centros respectivos, sino que auxilien con dichos fondos á todas las obras é instituciones caritativas particulares, que en Francia son numerosísimas. La segunda, que á fin de no perder momento mientras reciben los fondos que les corresponden dispongan, para la repartición de socorros, del dinero que tengan en caja las delegaciones del Tesoro.

Todas estas disposiciones, dadas por telégrafo la noche misma del día en que la Cámara votó los créditos, habrán tenido por resultado que los desgraciados sumidos en la miseria por los rigores del frio, hayan sido socorridos á tiempo y no perezcan, como suele suceder, mientras la impedimenta burocrática piensa y discute el medio de invertir las sumas con que el Tesoro público acude en su ayuda.

En París, mientras el ministro del Interior acudia con tal rapidez y energía á combatir la miseria, el ministro de la Guerra ayudaba á la gran obra poniendo á disposición del Ayuntamiento 5000 gergones de paja, 5000 almohadas y 5000 mantas de lana, con las cuales se han transformado en veinticuatro horas en asilo nocturno bien abrigado el Palacio de las Artes Liberales del Campo de Marte y otros dos grandes locales en puntos distintos de la población. En ellos han encontrado lecho, lumbre y una sopa caliente millares de infelices, expuestos á morir de frio por no tener más techo que las estrellas, que hubiérase dicho floraban sobre ellos lágrimas heladas.

La municipalidad de París, por su parte, tomaba medidas extraordinarias distribuyendo unas 14000 sopas calientes por día, mañana y tarde, encendiendo braseros inmensos, en que chisporroteaba el cok, en los boulevares exteriores y en las plazas de los barrios de la población obrera y pobre. Al mismo tiempo publicaba una alocución haciendo un llamamiento al espíritu de solidaridad de la población parisiense y avisando que en las veintidós alcaldías de distrito de París se recibirían los donativos en dinero, en ropa ó en especie que los vecinos quisieran llevar. Y la población no ha sido sorda ni mucho menos á tan expresivo llamamiento.

El prefecto del Sena ha hecho añadir 1200 bancardas en los hospitales. Se llaman bancardas unos á manera de esteras de tejera instalados entre cama y cama, cuando estas, como en el caso presente, son insuficientes.

Si tanto ha hecho la caridad oficial, la caridad privada no le ha ido en zaga.

Sería interminable esta crónica y necesaria ella sola ocupar las cuatro páginas del Suplemento, si fuésemos á enumerar al detalle lo que las numerosas instituciones caritativas que tienen una organización permanente en París, están haciendo estos días.

Entre esas asociaciones figura en primera línea la Sociedad Filantrópica, que tiene establecidas en París treinta cocinas económicas, donde por un bono que cuesta diez céntimos, dan una ración de pan, de carne, de caldo, de tocino, de legumbres, de chocolate, etcétera, á voluntad. El invierno pasado distribuyó así la asociación 1.433450 raciones en una sola cocina, en la cual toman actualmente alimento sano 150 personas por mañana y tarde.

El Ejército de Salvacion, que ya conocerán mis lectores, ha convertido en asilos nocturnos sus tres salas de conferencias. Al terminar cada noche los ejercicios, se permite á todos los pobres que se hayan presentado acostarse en los bancos. Las salas están abrigadas por caloríferos. No se permite á los albergados desnudarse y si solo quitarse el calzado. Un oficial vela su sueño para evitar desórdenes. Por las mañanas se les da un caldo ó una sopa caliente, y como los estatutos de esta institución, que tienen el carácter práctico de las cosas inglesas, no permiten que se dé nada por nada, cada pobre debe entregar cinco céntimos. Como todos ellos han mendigado de oculis durante el día, á ninguno le falta el sou, que da de muy buen grado y sirve para ayudar á los gastos de la sopa.

Los grandes almacenes, el Louvre, el Printemps, el Bon Marché, etc., tienen organizados verdaderos servicios de caridad, donde se reciben y clasifican las peticiones; varios inspectores recorren la población, informándose de donde hay necesidades, y según esos informes se hacen las limosnas, generalmente en especie.

Los donativos particulares en dinero son numerosísimos. Solo la casa de Rothschildt ha entregado ya, que se sepa, más de 150000 francos á la Asistencia pública, y otras muchas personas pudientes han seguido análogo ejemplo en la medida de sus fuerzas, sin contar lo que forzosamente se ignora por haber sido dado con arreglo al precepto de que no sepa la mano izquierda lo que da la derecha.

La prensa parisiense, sin distinción de matices, reunida ayer tarde ha acordado abrir inscripciones en sus columnas y organizar ella misma el reparto de los socorros con la mayor rapidez.

En una palabra, París ha compuesto en cuatro días una grandiosa y hermosísima sinfonía de la caridad, que bastaría por sí sola á perdonarle todas las locuras de su vida alegre, si otras muchas buenas cualidades, principalmente el amor al trabajo, no le sirvieran ya de circunstancias atenantes.

El deshielo se ha presentado repentinamente en el momento álgido de tantos y laudables esfuerzos; pero no hará que estos sean inútiles. Hay muchas miserias que remediar, consecuencia de un mes de helos terribles y paralización de trabajo; según una estadística rápidamente formada con datos de todos lados recogidos, había, al comenzar la semana, 200000 infelices á quienes faltaba pan ó abrigo ó ambas cosas juntas. Las limosnas no serán inútiles, aunque la temperatura se muestre desde ayer más dríce.

Además los frios pueden volver, es lo probable, y no cogerán esta vez desprevenidos á los que pueden y quieren hacer el bien.

Bajo el punto de vista artístico, el frio ha ejercido su caprichoso imperio, y aunque la subida de la escala termométrica ha sido muy brusca, las obras fantásticas del hielo no se han deshecho todavía.

Espectáculo por demás curioso es contemplar el Sena completamente helado desde lo alto de la torre de Saint-Jaques; pero para disfrutarlo hay que asegurarse previamente de que los pulmones están libres de hipotecas.

Hasta el domingo pasado se pudo bajar al río, y algunos atrevidos exploradores, burlando la vigilancia de los sergents de ville, pudieron darse el placer de atravesarlo andando sobre el hielo. Despues, á fin de evitar accidentes, se han puesto agentes que impiden el acceso de las escaleras que bajan de los muelles al río, lo cual hace la desesperación de muchos que quisieran poder decir á sus nietos: «Yo atravesé el Sena á pié enjuerto en enero de 1891...» y que lo dirán, si viven, á pesar de no haberlo hecho.

Las fuentes monumentales presentan aspecto verdaderamente extraño. Las náyades de la plaza de la Concordia están completamente envueltas en albornoces blancos. Los leones de la fuente Saint-Michel chaparan un monumental é inverosímil caramelo.

En el Campo de Marte, la fuente de Coutan, á cuyo alrededor se hacían los famosos juegos de agua luminosos, como es de yeso ha sufrido desperfectos de consideración. Mientras está

manco y á la Agricultura le faltan brazos... según costumbre. La Libertad se defiende bien; pero diríase que lleva medias contras las varices. La Verdad tira cubierta de carámbanos y debe lamentar que la tradición le haya dado un traje tan ligero y tan poco en armonía con este crudo invierno.

Los aficionados á patinar han pasado unos cuantos días en sus glorias. Se patina en todas partes; pero la mayor afluencia es en los grandes lagos del Bosque de Bolonia.

Entre los que van á patinar y los que van á ver... como se caen los otros, cosa que resulta también muy divertida, se ha visto el Bosque tan concurrido como en primavera, y eso que la temperatura que muchos días ha llegado á 9, 10 y hasta 11 grados bajo cero convida más bien á quedarse en casa.

Es incalculable el número de gente menuda que se gana la vida en los lagos del Bosque con motivo de la afición á patinar. Unos alquilan patines á tanto la hora; otros, más modestos, se contentan con ofrecer una silla y su destreza para calzarlos ó descalzarlos; otros guardan los abrigos, otros alquilan ó empujan trineos para las señoras. Pero de todos estos oficios menudos el más importante es el que ejercen unas cuantas individuos que calzados de patines, se deslizan majestuosamente por el hielo lanzando á los espectadores admirados el grito de: —¡Voilà un professeur!

El nuevo presidente de la Asociación Artística Literaria Internacional, Mr. Pouillet, obsequió el 17 del corriente á los miembros de la Asociación y algunas más notabilidades parisienses con una escogida soirée-concierto en su lindo hotelito de la rue de l'Université.

A la soirée precedió una comida, á la que asistieron los socios que forman el comité directivo de la Asociación. Ocuparon los sitios de honor en la mesa: á la derecha de Mad. Pouillet, el célebre pintor Bongerean, de que tanto se habló el año pasado, cuando la división de los pintores franceses que dió lugar á la creación del Salon del Campo de Marte con Meissonier á la cabeza, quedando Bongerean al frente de los del Salon del Palacio de la Industria; á la izquierda de Mad. Pouillet, el poeta y autor dramático Henry Bornier. A la derecha de Mr. Pouillet el célebre orientalista Oppert, y á su izquierda nuestro compatriota Adolfo Calzado, presidente de la Asociación para el próximo congreso de Berlín.

El concierto, de que todos los que asistimos conservaremos gratísimo recuerdo, así como de la amabilidad y distinción de los dueños de la casa, se compuso de dos partes y de números de música, poesía y declamación todos interesantísimos, siendo los más aplaudidos las poesías, un tanto modernistas, de Mauricio Donnay, leídas por su mismo autor; dos monólogos, que Coquelin Cadet dijo con esa gracia que Dios le dió; un proverbio de salon, Eau, de Mauricio Donnay, representado por Coquelin Cadet y Mlle. Bertiny, de la Comedia Francesa, y dos romanzas, una de V. Massé y otra de Gounod, magistralmente cantadas por Mlle. Naudin, hija del célebre tenor Naudin, que creó en París La Africana, y á quien el público de Madrid aplaudió hace algunos años, antes de que una terrible enfermedad le alejase para siempre de la escena.

RICARDO BLASCO

Paris 22 de enero de 1891.

MOSÁICO MADRILEÑO

Hielo y deshielo.—Campana de caridad.— Industria de la mendicidad.—Jurisprudencia literaria.—Preparativos electorales.

La situación había llegado al colmo de la frialdad. Desdoblábase un periódico cualquiera y era seguro encontrar en él una extensa sección con el título de El frio.

Recibíanse los telegramas extranjeros y en ellos veíamos que el Ródano y el Sena habían quedado convertidos en salon de patinar; que en tal region los habitantes de los pueblos se hallaban bloqueados por las nieves y que en tal otra habían perecido heladas caravanas de viajeros.

Abriamos los telegramas del interior y solo nos daban cuenta de ríos helados, trenes sepultados en la nieve y hombres, mujeres y niños muertos de frio.

Afortunadamente nablaron los astrónomos para anunciarnos que todavía no habían dado comienzo los verdaderos frios; que estos en su grado máximo estaban para llegar de un momento á otro... y la humedad se inició el sol con sus brillantes rayos templó la atmósfera y facilitó el deshielo general y ya nos fué posible la vida.

Cierto que tambien el deshielo ofrece peligros y que no han faltado ríos que rebosando en su lecho se han ex-

tendido por campos y pantanos; pero el frio ha cesado en gran parte, y ya solo podrán con justicia decir que se hallan bajo cero los subalternos que sirvan en determinados centros administrativos.

Los rigores atmosféricos han sido de tal entidad, que pesando principalmente sobre las clases pobres y desheredadas, han iniciado generosos movimientos é iniciativas de caridad, así públicos como particulares. Se han abierto nuevos asilos, funcionan regularmente los comedores de los pobres, distribuyéndose todos los días muchos millares de socorros, y el calor vivificante de la caridad cristiana ha templado en gran parte el frio de la miseria. La fraternidad humana ha sido ahora como tantas otras veces, el arco iris que ha señalado el término de la tormenta.

Pero ocurre un hecho de todo punto extraño y digno de llamar la atención.

Conforme han aumentado los socorros de los asilos han aumentado tambien los pobres de las calles, y por muy respetable que la miseria sea, no creo que esta haya de tener el privilegio de usufructuar las aceras de las calles, obligando á los hijos del trabajo y á los transeúntes acomodados á echarse por las piedras. Las clases todas de la sociedad tienen que vivir mediante transacciones, y así como sería injusto el abandono de los mendigos, injusto me parece tambien que éstos constituyan la clase privilegiada que ejerza el derecho de impedirnos el tránsito, ponernos con sus quejas que puede ahogárenos con un cabello, m- ternos por los ojos sus llagas físicas más ó menos auténticas, llorarnos para que les demos é insultarnos cuando no les damos. En anteriores revistas he citado muchas de las variedades del mendigo; pero como parece que la cosa no tiene enmienda, porque á ella no contribuyen por igual las autoridades y particulares, he de dirigirme brevemente á los últimos, por si su generoso corazón no practica frecuentemente con acierto la obra caritativa.

No hace mucho que en un punto muy céntrico de Madrid se situaba un niño mendigo que, armado de violín, interpretaba con bastante precisión algunas piezas musicales. Compadecido de él un filántropo, averiguó por el mismo niño que éste tenía madre, la aguardó un día, la manifestó que en su concepto, el tierno músico podría llegar á ser un verdadero artista, y acabó por ofrecerse á encargarse de la criatura, vestirle y darle educación.

—No tengo inconveniente—dijo la madre—si además me entrega usted cincuenta reales diarios, que es lo que el niño me produce.

¡Cincuenta reales! ¡Tres veces el término medio de lo que ganan en Madrid la mayoría de los empleados, comerciantes, artistas é industriales! ¡Una ganancia superior á la de los catedráticos de facultad, jueces, médicos y jefes de negociado!

Excusado es decir que el trato no se llegó á efectuar.

A otro pobre que durante larguísima años se le ha visto á la puerta de un templo céntrico de Madrid, se le acercó un amigo mio pintor, proponiéndole que fuera á su estudio un par de horas al día.

—Le daré á usted dos pesetas por hora—le dijo, creyendo seducirle con la perspectiva de los diez y seis reales diarios.

—No puedo, señor—le contestó el pobre—gano aquí, sin molestarme, bastante más.

Recientemente, una elevada señora, compadecida de una anciana de cabello blanco, que pide tambien á la puerta de otro templo, se acercó á ella para consultarle si querría ingresar en un asilo de ancianos, de cuya junta era vocal. La pobre contestó con evasivas de varias clases, invocando necesidades de familia y otras razones, y cuando la señora penetró en la iglesia, disgustada por el mal éxito de su caritativa gestión, todavía pudo oír que la pobre decía á sus compañeros de oficio:

—¡Valiente... tía! ¿Pues no quería llevarme á un asilo?... ¡Para darse tono, y nada más!

Tantos son y tan repetidos estos casos, que el caritativo madrileño debe pensar si no ha llegado el momento oportuno de unir alguna prudencia á su generosidad, para que ésta no enriquezca á los mendigos de profesion en perjuicio de los verdaderos pobres, de esos pobres que no tienen la mano, que no se arrodillan por las aceras, que no presentan su sombrero en cruzadas noches, que no invocan enfermedades y desdichas, muchas veces imaginarias; pero que viven en el abandono, que no encuentran trabajo ó se hallan inutilizados para él, y que no pueden pagar el alquiler del chirimbit que les alberga, donde nunca se enciende lumbre y muchísimas veces falta pan.

La cuestión de la originalidad en las obras literarias es de tal importancia que bien merece los honores que recientemente se le han hecho en Madrid, con motivo del estreno de una comedia en el teatro que dirige el señor

Mario. Nombrado un jurado y conocido ya el fallo del mismo, no juzgo procedente volver sobre el particular; pero debo al menos consignar que, deseosos los jueces y amigables componedores señores Cañete, Castro y Serrano, Sanchez Perez y Bofill de establecer jurisprudencia para lo sucesivo, han acordado las siguientes bases de conducta:

1.ª El pensamiento de una obra literaria es parte tan principal de su ser, que con razon ha podido decirse que el que tiene un título tiene un libro. No debe, pues, tomarse ni aun el pensamiento abstracto de una obra sin decirse dónde procede.

2.ª Cuando á más del pensamiento, capital, se traducen, arreglan ó imitan obras literarias, un espíritu de justicia aconseja que el nombre del primitivo autor figure al lado del de los traductores ó imitadores, para compartir con ellos la gloria que se alcance.

3.ª De todas maneras, siempre resultaría más fácil y más cómodo el remedio que indicó un poeta de poner guardia civil en el Parnaso.

Las reglas de conducta, aconsejadas por los señores Cañete y Castro, Sanchez Perez y Bofill, me parecen perfectamente justas y tan fáciles de observar, que no tendria yo inconveniente en que formaran parte del Código Civil.

Y, de todas maneras, siempre resultaría más fácil y más cómodo el remedio que indicó un poeta de poner guardia civil en el Parnaso.

Las próximas elecciones empiezan á prestar nuevo carácter á Madrid. En todas las paredes, donde la propiedad privada escribió el rótulo de «Se prohíbe fijar carteles», los políticos de todos los partidos hacen ostentación de su falta de respeto empapelándolas con sus candidaturas; en el sagrado del domicilio se presentan diariamente caballeros particulares obligando al inquilino á recibir su visita y aun á levantarse para ello del lecho, pidiéndole su voto ó su firma; en la Plaza Mayor, y con motivo de la fijación de las listas electorales, queda prohibido el tránsito de carruajes y dificultado el paso de los transeúntes; las ordenanzas municipales caen en desuso, y mientras los carboneros nos venden carbon de adorno y los panaderos nos entregan libras de diez ó doce onzas, las tabernas permanecen abiertas durante toda la noche, y las tolerancias de los unos unidas á las imposiciones de los otros hacen insostenible la vida del ciudadano. Coincide con estos males la caza del voto, y aquí, donde pasan de cincuenta los candidatos, que aspiran á labrar nuestra felicidad, hay que consagrar el día á recibir visitas, cartas y todo linaje de recomendaciones, acompañadas muchas de estas de encubiertas amenazas cuando proceden de quien sea un superior. Y todo esto al grito de ¡viva la libertad! y en nombre del respeto á los derechos civiles. Todo esto, revistiendo unos caracteres de imposición y de tiranía, que pugnan con los sagrados principios que se invocan de tolerancia y de libertad.

Muchos años hace que vengo tratando de averiguar las ventajas del sistema, y, debo confesar mi torpeza, cada vez las comprendo menos. Sospecho, por lo tanto, que el error es puramente mio; que estoy equivocado, y que tienen razon que les sobra los que empapan ó invaden el ajeno domicilio en su patriótico deseo de sacrificar-se por el bien del país.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LIBROS NUEVOS

Los gurriatos, nuevo libro, original de Alfonso Perez de Nieva, Madrid, 1891. El simple anuncio de una obra de Perez de Nieva constituye una recomendación y un elogio, pues el joven y distinguido literato ha sabido lograr, en poquísimos años, lo que tantos otros no alcanzan nunca: tener público. Este resultado es de evidente justicia, pues su espíritu observador, la frescura de su estilo y la envidiable facilidad con que logra en cuatro rasgos pintar cualquier acendradísimo carácter, hacen de este autor una personalidad verdadera, é ítemento simpática por el fondo de moral que en todos sus trabajos se observa. El título Los gurriatos, obscuro á primera vista, no lo será para el lector en cuanto comience la lectura del libro que acaba de publicar, consignando las tenuras, pasiones y demás caracteres de «los granujes que viven por esos mundos, amparados por la s. la mano de Dios, que es la única que guía á los chicos de las calles, verdaderos gurriatos, nacidos y criados en el arroyo.» El volumen, lujosamente presentado, contiene los siguientes artículos: La polca del limón.—Central.—La calavera de papel.—El chico de los periódicos.—El perro gimnasta.—El músico mayor.—Los pendones del pueblo.—De caracoles.—La espiñadera.—Los zapatos de fraso.—El regalo de Reyes.—El grillo tardío.—La banda de artillería.—Tortas y pitos.—El veloz poeta.—La cartera.—El hurro de la Trapería.—El puesto del café.—Llorida del cielo.—Toma mutapiés.—A caño traviesa.—Sin nido.—Por c. alma de la mula.—Las pasaderas.—La trapeadora del cheto.

La biblioteca Selecta, que publica en Valencia el editor D. Pascual Aguilar, ha publicado el tomo 40, insertando la hermosa producción de Alfonso Lamartine Graziella, editada con todo el lujo y buen gusto á que